

En memoria de «Paco» Guerra

Escribo estas líneas consciente de que no soy la persona merecedora de ello. Neumólogos más cualificados que lidiaron codo a codo con él los inicios de la especialidad y de nuestra SEPAR, su SEPAR, sin duda alguna lo harían mejor.

Conocí al Dr. Guerra un domingo de mayo en la Plaza Mayor de Madrid. Él regentaba el Hospital Victoria Eugenia; yo un puesto de sellos. Él buscaba algún ejemplar filatélico; yo, en cuarto de medicina, quería aprender algo de tuberculosis. En aquellos momentos no habría podido imaginar lo que con el tiempo podría llegar a conocer a través de ese hombre.

Porque si muchas cosas podría enseñar el Guerra neumólogo, más ofertaba su humanidad y su bonhomía. Quizás lo primero a destacar fuera su honestidad. Honestidad que ya en aquellos “sesenta” gloriosos, empezaba a ser poco frecuente y que hoy podría calificarse casi de utópica. Pero en cualquier caso, honestidad llevada a los confines de su significado y de sus consecuencias. Y ésta es una cualidad difícil, que no puede servirse como ingrediente único en el plato de la personalidad; ha de ir aderezada con buenas dosis de valentía y no poca sinceridad. Las reunía y practicaba con asiduidad, contra viento y marea, porque al plato de referencia le falta, para estar completo, que se sazone con algo más: tesón y perseverancia. Ninguno de ellos faltaba al Dr. Guerra, especialmente para insistir en el aprendizaje constante desde la vanguardia de la neumología, aunque fuese a través de una lengua extranjera, la cual veía (igual que muchos otros) como su asignatura pendiente. Burgalés austero, hecho a salvar obstáculos –no en vano cruzaba la serranía leonesa en su *biscuter* durante los años cincuenta– no se amilanaba por ello y su inteligencia natural, su sentido común y su chispa para reconocer el detalle y extraer lo esencial, permitieron que el inglés del Tubercle y del *American Review* –sus textos de mesilla– no fuese escollo en su ruta.

Hombre enamorado, sobre todas las cosas, de su pueblo, Melgar de Fernamental, y fervoroso de su madre, sin duda extrajo de ambos la base para construir su figura sobre los cimientos del saber popular, al que aludía con frecuencia, y el armazón de la sencillez que practicaba a diario. Con la misma se acercaba a poderosos y a humildes; en ambos sabía encontrar algo de lo que aprender y destacar, pero sus sentimientos y sus actos se mostraban más cercanos a los segundos que a los pri-

meros. Por ello, ser humilde y pedirle cualquier cosa que estuviera, aunque fuera remotamente, a su alcance era garantía de obtenerlo. Así ayudó y posicionó a no pocas personas, yo mismo entre ellas, que sin duda y como siempre sucede en la vida, no hemos podido corresponderle ni manifestar suficientemente nuestro agradecimiento. A esta sencillez y a su austeridad atribuyo ese “despiste social” que caracterizaba su consideración, un tanto ingenua, del entramado social, más cerca del científico distraído o del “hippy” que de la personalidad y rango que merecía.

Algo no toleraba con tremenda irritación y su vehemencia particular: la desidia, el engaño y la infidelidad de cualquier índole. Características todas que podían des-atar su enojo, al más clásico estilo de las figuras histórico-míticas en la Castilla medieval.

No es de sorprender que este hombre de semblanza quijotesca, en lo físico y en algún sentido también en lo emocional, resultase un médico trabajador, humano, responsable y especialmente ingenioso. Quienes hemos presenciado sus presentaciones en SEPAR recordaremos su originalidad y también sus diapositivas sobre la macroscopía del enfisema. Una anécdota relativa a esas diapositivas ilustra la integral de sus cualidades: la excelencia de las imágenes se debía a un especial sistema de insuflación pulmonar construido por él mediante una máquina de coser a pedal. ¡Lástima que las nuevas fórmulas de gestión o los modernos gerentes no nos hayan permitido conservar el invento!

Discípulo de D. Francisco Blanco y tisiólogo que vivió la dureza de la asistencia al enfermo tuberculoso cuando había que curarle a base de neumotórax, reposo y evitar que las hemoptisis lo asfixiasen, supo evolucionar hacia la neumología actual a la par de figuras como Alix, Blanco, Coll, Manresa, Agustí, Monturiol, Lahoz, López Mejías y un largo etcétera de hombres cuyo entender les llevó a fundar y construir la SEPAR actual, de la que Guerra llegaría a ser presidente, dejando entre todos marcado en el carácter de esta sociedad el rigor, ética, competitividad y caballerosidad que la distinguen.

El Guerra médico se forma como neumólogo en el ámbito del Patronato Nacional Antituberculoso desde donde contribuye de forma muy directa a implantar los tratamientos triples y cuádruples en la tuberculosis pulmonar, área temática en la que destacó, a través del desarrollo e introducción de conceptos como el de curación cavitaria

abierta o monoterapia encubierta y posteriormente al estudio y aplicación de los tratamientos cortos. En ese ámbito desarrolló su capacidad de autoformación constante haciendo gala de una dedicación tan absoluta a su profesión que solo podía ser fruto de una de sus mencionadas cualidades humanas: la tenacidad. Sin embargo, y a pesar de ser un neumólogo autoformado, se caracterizaba por algo que hoy día parece incompatible con ello: una metodología científica, la cual sin duda había bebido con su lectura continua de las revistas científicas y que supo integrar en su actividad cotidiana. En una ocasión me decía "Ser un buen neumólogo es fácil, solo tienes que leer el *American Review*".

La broncoscopia fue otra de las bases de su actividad profesional. Igualmente uno de los pioneros del tema en España, dedicó mucho de su tiempo a transmitir a otros su técnica y conocimientos, porque a su personalidad marcadamente independiente se asociaba una actitud paternalista de la que hacía gala en su estilo de enseñar. Le gustaba enseñar y lo hacía bien; a sus dotes de buen comunicador asociaba generosidad para transmitir lo más personal de su conocimiento con la mayor dedicación y capacidad para incentivar, aunque mejor debiera decir para ilusionar. Cuando uno, desde su papel de discípulo, escuchaba la confianza que ponía en ti, aun siendo consciente de la hipérbole que representaban sus palabras de ánimo, no tenía más remedio que sentir las como reales, aunque sólo fuera por no defraudarle. "¡Bah! ¡Eso para ti está chupao!" Era una de sus frases favoritas para fina-

lizar la arenga cuando te encargaba algún trabajo para el que no te sentías suficientemente seguro. El empujón que te tira al agua; después no queda otro remedio que nadar y alcanzar la orilla.

Anatomía patológica y radiología fueron algo más que sus hobbies neumológicos, logrando tal pericia que su postura de hiperextensión del cuello para mirar a través de las lentes bifocales, siempre presagiaba que aquella radiografía tenía algo más de lo que tú habías descrito.

Consecuente con sus ideas, ético hasta el espíritu de sacrificio, respetuoso con quien fuera portador de conocimiento y dotado de una inquietud científica que le llevó a introducirse en la lectura de genética o en el manejo de herramientas informáticas, incluso 2 años después de haberse jubilado, solo podría haber alcanzado su posición con el apoyo, comprensión y cariño de su esposa Isabel. Ella y sus hijos, Francis, Isabel, Nacho, Ana y María merecen una mención por el tiempo de disfrute del esposo y padre que, primero la medicina y después la enfermedad, les arrebataron.

L. Sánchez Agudo

Nota: Agradezco a los Dres. López Mejías, Ortega Calderón, Rey Durán, García de Cabo, Polo Sánchez, Nevado Caballero y Domínguez Reboiras, los minutos robados para departir sobre la personalidad de Guerra, lo que ha supuesto una destacada ayuda para redactar esta nota.

Alberto Martelli, un amigo neumólogo en Buenos Aires

Nos llega la noticia del fallecimiento de Alberto Martelli. Como ocurre siempre que un amigo nos deja, sentimos un gran dolor por su pérdida. Se trata de un sentimiento personal y compartido. Al comunicar la noticia a los neumólogos de habla hispana, se aprecia una sensación de vacío por la marcha del ser querido.

Alberto era un hombre de amistad sincera, de sentimiento austero y cálido, de charla plácida y hermosa. Perteneció a un grupo de neumólogos que supo compaginar una sólida formación anglosajona con lo mejor de la medicina argentina, donde se enraizó en el cuidado de sus queridos pacientes asmáticos graves. A pesar de la precariedad de medios en el que se desenvolvía, supo siempre unir la inteligencia de sus planteamientos con el tesón de su constante esfuerzo. Comunicaba sus ha-

llazgos con solidez, los transmitía con gran convicción y los publicó en las mejores revistas de la especialidad. Precisamente para darlos a conocer entre nosotros, viajó a España en varias ocasiones y contribuyó a estimular el interés por el "asma de riesgo vital" en nuestro país.

Participó también activamente en fomentar los contactos entre neumólogos argentinos y españoles y formaba parte del Consejo Editorial de ARCHIVOS DE BRONCONEUMOLOGÍA.

Alberto Martelli, un amigo neumólogo en Buenos Aires. Honesto, inteligente y austero. Nos queda el recuerdo de tu trabajo y de tu amistad.

Pere Casan y Joaquín Sanchis